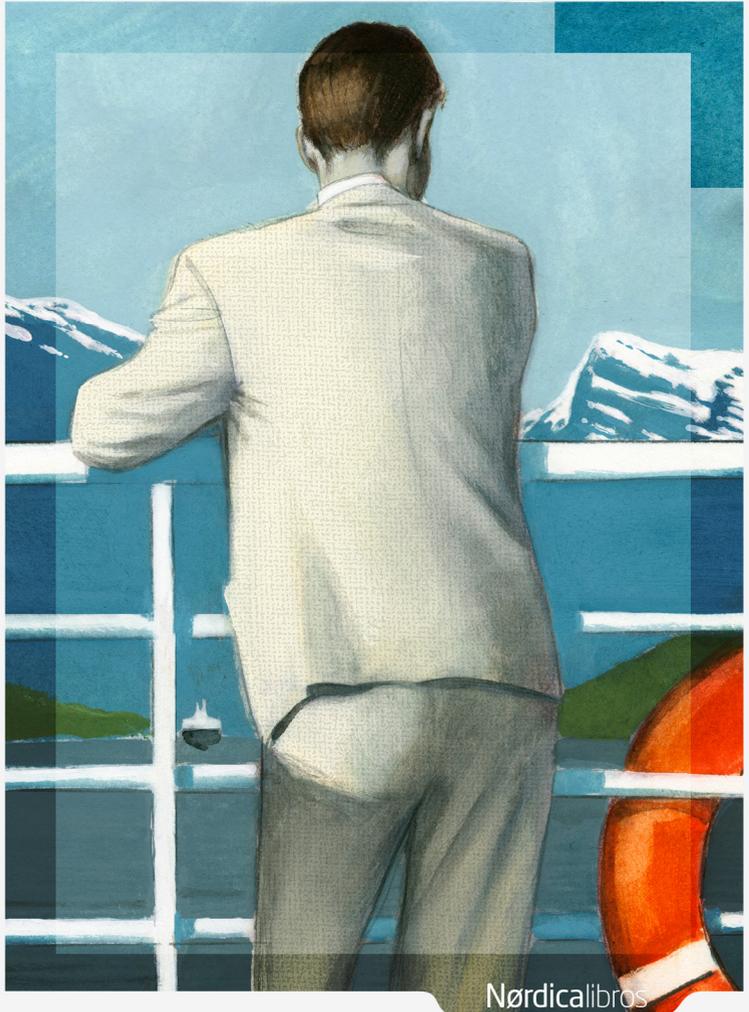




Navegantes del tiempo

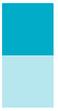
Sjón

Traducción de Enrique Bernárdez





colecciónletrasnórdicas



Navegantes del tiempo

El mito de Jasón y Céneo

Sjón

Nørdicalibros
2014

Traducción de
Enrique Bernárdez

motivo del viaje

I

Yo, Valdimar Haraldsson, me hallaba en mi vigésimo séptimo año de vida cuando comencé a editar una pequeña revista sobre el tema de mi principal interés: la relación entre el consumo de pescado y la superioridad de la raza nórdica. Se publicaba en danés, su título era *Fisk og Kultur*, y vieron la luz diecisiete volúmenes a lo largo de veinte años. En la primera guerra se detuvo la publicación durante dos años, y los volúmenes sexto y séptimo quedaron incompletos, es decir, fueron sólo dos números, pues el destino me asestó un duro golpe haciendo que, tras el fallecimiento de mi primera esposa, cayera yo también enfermo durante ocho meses, desde finales de agosto de 1910 hasta la primavera de 1911. Púdose comprobar entonces la lealtad de los lectores a la revista. En la documentación de esos años observo que los únicos que cancelaron su suscripción fueron la Universidad de Cracovia y la Asociación de Lectores de la Comarca de Kjöf. No entraré en detalles en lo tocante a este tema, mas referiré a las personas interesadas a mi libro *Relatos de un perito en arenques* (ed. Fisk og Kultur, Copenhague, 1933).

Los artículos de la revista estaban, en su mayoría, en lenguas extranjeras, pues yo sabía que la mayor parte de mis ideas resultaban demasiado modernas, si no incomprensi-

bles, para mis compatriotas. Dicho simple y llanamente, éstos desconocían por completo las nuevas ciencias sobre las que yo sustentaba mi hipótesis, que publicaba en la página de títulos de cada número:

Creemos que la raza nórdica, que a lo largo de incontables generaciones ha venido practicando la pesca en el litoral y como consecuencia de ello ha adoptado el pescado como su alimento principal, ha de agradecer a esta elección de sustento, más que a ningún otro factor, su crecimiento y prosperidad, y el que la raza nórdica haya llegado a ser, por estas circunstancias, superior, en laboriosidad y obra, a otras que no han gozado de acceso directo a las riquezas del mar.

El último fascículo de cada año presentaba un extracto de los mejores artículos y ensayos del año en cuestión, traducidos al húngaro por un cuñado mío, György Pázmány, psiquiatra. Pero en todos los números se incluían unas cuantas notas breves para completar el número de páginas, tratándose en su mayoría de anécdotas humorísticas y versos ocasionales de mi patria chica, Kjós; todos estos escritos estaban en islandés y preferí dejarlos sin traducir.

Como es fácil de comprender, yo mismo fui, durante mucho tiempo, el principal autor de los artículos científicos de *Fisk og Kultur*, pero, al ir aumentando la difusión de la revista, empezaron a llegarme desde el extranjero cada vez más cartas y misivas de personas interesadas en el consumo de pescado, aunque también, y no pocos, en la historia de la evolución de los pueblos nórdicos. Una persona señalaba —de igual modo que el director mismo de la publicación— cómo las dos líneas se entrelazaban y se volvían casi indistinguibles. El más destacado miembro del mencionado grupo era el armador danés Herman Jung-Olsen, por en-

tonces bastante joven pero dotado ya de gran inteligencia. Era de esos hombres que, nada más conocerlos, estimulan la buena voluntad y el apego y con los que, al profundizarse la relación, crecen los sentimientos de confianza y consideración. Herman Jung-Olsen era apuesto y de buen porte, un atleta con una inquebrantable capacidad de trabajo. Se había criado en un ambiente de opulencia y abundancia, mas, pese a que el hogar de su niñez había sido uno de los más suntuosos de Copenhague, se servía pescado a la mesa al menos cuatro veces por semana, en las grandes festividades del mismo modo que en los días laborales. Fue decisivo para ello que Magnus Jung-Olsen fuera hombre de la vieja escuela en cuestiones financieras. Era persona estricta que desconocía la precipitación en cuanto hacía: en toda su vida no hizo nunca nada sin pensarlo primero a fondo; era un auténtico gran hombre.

Si traigo a colación la historia editorial de *Fisk og Kultur* es porque, nada menos que ocho años después de la salida del último número, recibo una misiva del gran naviero, el antes mencionado señor Magnus Jung-Olsen, padre de mi difunto amigo Herman, en la cual me invitaba a embarcarme en el *M/S Elisabet Jung-Olsen*, uno de los buques cargueros de Kronos, la naviera de la familia Jung-Olsen. Era de muy reciente construcción y aquélla sería su primera singladura; transportaría pasta de cartón desde Noruega hasta Izmit, en Turquía, desde donde continuaría hasta Poti, en la Georgia soviética, para cargar té que los habitantes de la región cultivaban en la llanura de la Cólquida y preparaban para su exportación en las espléndidas factorías de té que Stalin les había proporcionado.

Dice el Sr. Jung-Olsen en la carta que su hijo soñaba desde tiempo atrás con poder complacerme de una u otra forma, se lo había mencionado más de una vez, y el gran na-

viero, ya anciano, lo recordó al recibir mi mensaje de condolencias con ocasión del aniversario del fallecimiento de Herman, cuando apenas habían transcurrido cuatro años desde su prematura defunción: fue asesinado el día mismo del fin de la guerra contra Alemania, en una pelea que tuvo lugar en una cervecería de Viena.

La carta llegó a mis manos a fines del mes de marzo, cuando llevaba largo tiempo deprimido (mi segunda mujer había fallecido ese mismo mes del año anterior), pero en esos momentos mi corazón se vio henchido de sincera alegría: alegría por poder descubrir que las personas aún pueden sentirse ligadas por un afectuoso sentimiento de aprecio, alegría por la belleza de los brotes que adornaban las ramas de los manzanos en el jardincillo de la viuda Lauritzen, mi poco inteligente vecina, aunque los pobrecillos lo habían pasado muy mal a causa del temporal de febrero. Pues sí, tal fue el vivo placer que experimenté al leer la carta del señor Magnus Jung-Olsen.

Y la leí muchas veces.

En el año 1908 publiqué una anécdota humorística en el número de primavera de *Fisk og Kultur*. Por uno u otro motivo me acudió a la memoria mientras estaba al lado de la ventana de la cocina, en Copenhague, sin haber sido capaz todavía de dejar a un lado aquella carta:

Esto eran dos caballeros que se encontraron en un parque mientras paseaban a sus respectivos perros. El más joven se quitó de inmediato el sombrero ante el otro, de mayor edad, quien respondió a su saludo con una inclinación de cabeza. Sucede entonces que, repentinamente, el perro del joven se suelta y echa a correr detrás de una ardilla. El joven se siente muy avergonzado e intenta excusarse ante el de más edad: que cosa semejante no la había hecho

jamás su perro, que no era aficionado a perseguir ardillas, que aquél era un caso excepcional, que no volvería a ocurrir, que eso podía prometerlo con toda seguridad.

El caballero de más edad escuchó con paciencia las excusas de su interlocutor y a continuación ladeó la cabeza y dijo con una sonrisita irónica:

—Joven, ¿no será que me está usted confundiendo a mí con el señor Squirrel?

Esta anécdota le pareció tan aguda al doctor Pázmány que ese mismo año la publicamos en húngaro en la sección de resúmenes.

Pero dudo que mis paisanos la comprendieran.

navego mi mar

II

A las once de la mañana del 10 de abril del año 1949 zarpó del puerto libre de Copenhague el carguero *M/S Elisabet Jung-Olsen*, con rumbo a la bahía de Mold, en Vest-Agder, Noruega. Mi alojamiento a bordo del barco consistía en dos amplios camarotes en el centro de la nave, debajo del puente, en la banda de babor, al primero de los cuales se accedía desde el comedor. El camarote contaba con todas las comodidades imaginables, diván y sillas, escritorio y armarios para ropas y para libros, todo ello de magnífica factura. El camarote interior era un baño con lavabo de porcelana, un espejo tan alto como permitía el camarote y una profunda bañera con patas de bronce esculpidas para asemejarse a patas de león o de dragón (suele ser difícil distinguir uno de otro). Y en la parte interior del baño había un amplio espacio con un moderno retrete. Se me pasó por la mente la idea de que sería interesante ver la vivienda del naviero, pues que tan bien estaban dispuestas las cosas para el «supernumerario», pues así denominan a quienes no forman parte de la tripulación propiamente dicha.

Me alegré sobremanera de haber podido pasarme aquella misma mañana por el cuartel general de mi benefactor, camino del barco, para dejar una carta de agradecimiento. Había estado hasta bien avanzada la noche enfrascado en la

escritura de la tal carta, de la que redacté tres borradores antes de pasarla a limpio, pues, además de mi agradecimiento, expresaba en ella mis mejores deseos al señor Magnus Jung-Olsen, con muestras de aprecio, y le felicitaba por la buena marcha de la empresa.

Me senté junto al ojo de buey y dirigí mi mirada hacia el canal. El cielo estaba encapotado y soplaban viento del norte, con bastante marejada justo a proa. De vez en cuando hacían sonar la sirena, aunque con pausas bastante largas. Por delante de nosotros no había más que las crestas de las olas que salpicaban blanca espuma aquí y allá mientras subían y bajaban alternadamente. Del cielo empezó a caer lentamente el aguanieve, lo que redujo aún más la visibilidad. Estuve mirando hasta que se hizo imposible distinguir entre cielo y mar. Entonces me acosté, pues estaba fatigado por la redacción de la carta la noche anterior.

Puse el despertador a las cinco. La comida a bordo de los barcos de la naviera Kronos era renombrada en el mundo de los marinos y se decía que el rey de Dinamarca les pedía que le cedieran uno de sus cocineros cuando se encontraba mal el cocinero del yate de su majestad.

*

Me indicaron que tomara asiento a la mesa del capitán. El capitán Alfredson me presentó al primer y segundo oficiales, al jefe de máquinas y al mayordomo. Había también una mujer, la esposa del mayordomo, eso pensé, aunque más tarde me enteré de que su situación conyugal distaba de ser clara, y que sería más apropiado verla como su querida. En todo caso, yo no era el único que cumplía el papel de «supernumerario» en aquel viaje.

La mujer en cuestión era de estatura algo inferior a la media, con cabello claro y espeso, y bastante corpulenta. Tuve la sensación de que sentía cierto miedo de mí, al menos se mostraba exageradamente tímida. Me miraba con los ojos muy abiertos, ésa fue la sensación que tuve, aunque más tarde me percaté de que dicho gesto era conatural a ella, pues al aumentar nuestro trato me percaté de que además de los grandes ojos, situados bastante bajos en la cara, el labio inferior parecía colgar y la boca se le quedaba muy abierta, involuntariamente, entre una frase y otra. Era alemana o, según contó ella misma, polaca de familia y educación, o incluso lituana, aunque lo cierto es que con su hombre hablaba en alemán. Comprendía una pizca de danés, aunque no lo hablaba, pues la pareja no llevaba junta sino apenas año y medio. En aquellos momentos no se me pasó siquiera por la cabeza hacer más averiguaciones sobre su idiosincrasia ni su biografía, supuse que durante la travesía habría tiempo de sobra para ello. Pregunté al capitán si el mayordomo acostumbraba a llevar a su mujer en los viajes. Respondió con una negativa. Y a mi pregunta de cuánto tiempo nos acompañaría la mujer, respondió que no había más que dos opciones: o bajar a tierra en Mold o bien acompañarnos hasta Izmit, pues eran éstos, a decir verdad, los dos primeros puertos que tocaríamos. Pero ya se vería en su momento. Es preciso señalar que el mayordomo frisaba los cuarenta años de edad. No podía pronunciar bien la erre, pero era simpático y se le podía considerar apuesto, pese a tener una nube blanquecina en el ojo derecho. Su amante extranjera tendría unos veinte años menos que él.

Éramos un total de siete personas en el comedor, y nos sentimos muy a gusto en la mesa del capitán. Todos eran muy afectuosos e hicieron lo posible para que aquella primera comida en común resultara lo más agradable posible. En

cuanto a mí, no acababa de sentirme bien después de la siesta de aquella tarde, y parecía haber alguna avería en la calefacción de mi camarote, pues por muchas vueltas que diera a la llave de los radiadores, éstos seguían siempre igual de fríos; tampoco sirvió de nada purgarlos por arriba o por abajo. Y cuando el cocinero, un hombre alegre y grueso, nos presentó el menú de la cena, muy elaborado, le conté al capitán lo que sucedía con mi calefacción. Y también que cuando desperté del sueño con un respingo, a las tres de la tarde, me dirigí al comedor y me quejé al camarero, que en esos momentos estaba sacando brillo a la cubertería, y éste repuso que en los barcos nuevos no era extraño que hubiera pequeñas averías, aunque naturalmente no tenía por qué ser así, y que verían de repararlo lo antes posible. Pero no habían hecho nada, de modo que sentía cierto temor, digamos, ante la llegada de la noche. El capitán Alfredson hizo un gesto de asentimiento al oír mis palabras, no respondió, reflexionó un momento y dio instrucciones al jefe de máquinas para que se ocupara del asunto. Luego pidió a sus compañeros de mesa que le excusaran, se levantó y desapareció.

Comenzó entonces la conversación en torno a la mesa, alabando todos un plato tras otro. No era incierta la fama de la cocina de Kronos. Pero despertó mi atención que ninguno de los platos que se sirvieron fuera de pescado. Pensé para mis adentros que tal vez sería simple casualidad y que los siguientes cuatro días se nos serviría pescado como acostumbraban a hacer en el hogar de la familia Jung-Olsen. Bueno, todo fue de maravilla y las horas pasaron demasiado deprisa. El oficial de máquinas llegó cuando estábamos terminando el más exquisito *ris à la mande* que había rozado nunca mis labios. Dijo que pensaba que estarían sucios los tubos del radiador, seguramente suciedad de fábrica, y que acababa de ordenar al tercer maquinista que se encargara de

purgarlos o limpiarlos con abrasivos. Yo no acabé de enterarme bien de la forma de reparar la avería y, a fuer de sincero, he de decir que me pareció un tema un tanto inapropiado para el momento de la cena. Pero entonces sacaron brandy español y cigarros daneses en una caja de buena madera y, sin dedicar más palabras a aquel asunto, el primer maquinista se lanzó a degustar los manjares. En el mar rigen otras leyes que en tierra; allí, los hombres deben estar atendiendo constantemente sus instalaciones, pues son precisamente las que les prestan cobijo.

*

Los marinos que han estado muchos años embarcados conocen un sinfín de historias vividas por ellos mismos u oídas de labios de otros de su misma condición. Era sobre todo Céneo, segundo oficial del *M/S Elisabet Jung-Olsen*, quien no mostraba reparo alguno en hablar de las muchas cosas que le habían acontecido en sus propios días. Y lo hacía ante sus compañeros de mesa para entretenerlos y divertirlos, pero también para ilustrarlos, al decir de ellos mismos, pues había viajado mucho y había visto más cosas que ninguno. A juzgar por la expectación que se adueñó de mis compañeros de travesía, deduje que el segundo oficial había de ser un espléndido narrador, y me hice cuenta de que durante toda la cena habían estado esperando aquel momento.

Yo no había tocado el tabaco desde que murió mi mujer, y le expliqué al capitán este pormenor, a fin de que no fuera a interpretar como ingratitud mi rechazo de sus costosos cigarros. Sí que acepté una segunda copa de brandy, me recliné sobre el respaldo de mi silla y me dispuse a gozar de las historias náuticas de Céneo.

El segundo oficial tenía por costumbre, antes de comenzar sus relatos, sacar del bolsillo un carcomido trocito de madera, que se ponía sobre el oído derecho como si fuera el auricular de un teléfono. Escuchó el trozo de madera durante uno o dos minutos con los ojos entornados como si durmiera, aunque debajo de los párpados temblaban las pupilas con gran rapidez. Aquélla era la primera vez que yo formaba parte del público de Céneo, y sonreí estúpidamente ante el absurdo de aquella conducta. Pensé que habría de tratarse del prelude de alguna farsa grosera o de alguna clase de imitación. Miré a mi alrededor, esperando hallar en mis compañeros reacciones semejantes. E incluso esperé oír alguna risita por parte de la señora. Pero todos estaban sentados en sus sillas, en total silencio, esperando que comenzara el relato. Incluso la amante del mayordomo observaba con embeleso al hombre que escuchaba su madera. La sonrisa desapareció bruscamente de mi rostro y, desconcertado, miré al capitán Alfredson. Éste tuvo conmigo la amabilidad de pasar por alto mi confusión, se inclinó levemente sobre el hombro y dijo en voz baja pero firme:

—De ahí sale la historia...

Y dichas estas palabras, el segundo oficial dejó el pedacito de madera.

Y comenzó su relato:

—Hay muchas cosas que pueden suceder en los días del marino, y los peligros no están solamente en el mar, sino que le aguardan también en puertos lejanos. Y ahora me gustaría contaros unos sucesos que me condujeron a una impetuosidad irreflexiva que me acarreó tales desdichas que estuve a punto de creer que estaba condenado a perder la vida.

Era marinero en un barco llamado *Argo*. Estábamos en el mar Egeo, donde habíamos arribado desde Yolco, en la

Magnesia, y nos esperaba una larga travesía. El barco estaba recién construido y contaba con los mejores equipos de navegación, pero los vientos racheados y una mar de fondo poco habitual en su dureza nos retrasaron desde el comienzo mismo de la travesía. Y tocamos tierra en Lemnos con intención de surtirnos de agua e incrementar nuestras provisiones de boca —en verdad era ése el único plan—, lo que debería llevarnos uno o dos días. Pero al final resulta que pasamos diez meses en aquella isla.

Ciertamente, nos resultó extraño que no hubiera barco alguno en el puerto, así como no encontrar a nadie en la bocana, pero como estábamos ansiosos por llegar a tierra, aquello no despertó en nosotros sospechas tan intensas como para incitarnos a la prudencia. Y el hecho mismo de que el barrio del puerto estuviera vacío tampoco nos perturbó demasiado. Los hombres se miraron unos a otros y dijeron sin alterarse que los pobladores de la aldea deberían de estar en la ciudad participando en la celebración de alguna festividad —¿no era una estupenda casualidad que llegáramos en plenas fiestas?—. Salimos apresuradamente de la nave y dos miembros de la tripulación pilotaron el barco hasta el muelle del puerto. Allí arriaron la vela mayor, soltaron amarras y saltaron a tierra.

La primera reacción de quien viene del mar es una sensación de extrañeza al tener tierra firme bajo los pies. Dura sólo un instante y al momento se ve sustituida por otra, que parece que no acabará nunca: la sed. En un instante escapa de los pulmones toda la sal que uno ha ido absorbiendo del aire en mar abierto; se cristaliza en la lengua, envolviéndola como un ardiente guante de hierro. Sólo una cosa puede apagar ese fuego: el vino.

Todos a una miramos al capitán, que estaba junto a la pasarela acompañado por el timonel, nuestros ojos destella-

ban con el entusiasmo de los ojos del corredor en la línea de salida. Así transcurrió una vida entera. Y concluyó cuando el capitán juntó las manos sobre el pecho y agitó lentamente la cabeza. Con un doloroso suspiro se apagó en nuestros semblantes la alegría de la esperanza, los hombros bajaron. El timonel apartó la mirada de aquel tropel de hombres desdichados y la dirigió a su capitán. Éste sonrió malicioso. Y el timonel soltó una carcajada. Y el capitán nos gritó haciendo relampaguear sus dientes blancos al ardiente sol del mediodía:

—¡Por el sagrado Dioniso, hombres, id y tened un feliz día!

Y nosotros le respondimos todos en coro:

—¡Viva el hijo de Esón, viva el capitán Jasón!

Hay que recordar en este punto que la tripulación no estaba compuesta por hombres débiles, sino por los más grandes héroes que el mundo ha conocido. Cualquiera de nosotros habría podido conducir a toda una flota hacia la victoria, todos y cada uno poseían coraje suficiente para enfrentarse a cualquier enemigo que pudiera presentarse, perteneciese éste a la estirpe de los hombres o a la de los monstruos, pero cuando agobia la sed, hasta los mayores héroes se ven forzados a rendirse. En forma semejante a un enjambre de abejas que ha hallado el cadáver putrefacto de un asno en un campo de coles, echamos a correr muelle arriba con rumbo a la primera taberna que se ofreció a nuestros ojos. Y atravesamos en tromba el umbral entre gritos de júbilo. Pero nuestra felicidad fue breve, el grito murió en nuestros labios: aquél era un pueblo fantasma, allí no había nada más que el polvo que cubría bancos y mesas. Entramos a todo correr en la taberna más cercana, y en la siguiente, y en la siguiente, en todas partes se ofrecía la misma visión a nuestros ojos:

Los barriles de vino estaban rotos, la tan deseada bebida se pudría, roja como la sangre, entre los fragmentos.

¡Oh, qué desilusión!

Volvimos sobre nuestros pasos, entre lamentos llegamos al barco. Y cuando Jasón, hijo de Esón, vio acercarse por el muelle a sus marinos acongojados, quedó muy pensativo. Pero, al saber que la arena y el polvo habían destrozado el barrio del puerto, nos ordenó sin demora prepararnos para el combate contra los monstruos que sin duda habían arrasado toda la vida de aquella isla. Envío al belicoso Falero a la ciudad, para observar, y con él fue Atalanta, la virgen cazadora, única mujer del grupo de los argonautas. Iban los dos bien armados, como siempre que esperábamos pelea.

No habían llegado muy lejos cuando dieron media vuelta y regresaron al barco. Entre ambos conducían a una niña de dorados cabellos que un grupo de mujeres aterrorizadas había enviado a recibirles. En su manita blanca como un lirio, la niña sostenía un rollo de papiro. Y la tropa de héroes cubiertos de armadura se apartó a un lado, concediendo a la muchachita paso franco hacia la pasarela, donde la recibió Jasón. Ella le entregó el papiro y el hijo de Esón lo abrió y leyó con atención.

Los demás esperamos acontecimientos; en pocos momentos sabríamos si el culpable de la insólita situación de aquel país era una letal pestilencia o algún monstruo. Mas Heracles, el fornido remero, puso a la niña sobre sus rodillas y la entretuvo con bromas.

*

Esa noche fui incapaz de conciliar el sueño. Mientras escuchaba las palabras del segundo oficial me había queda-

do adormilado, finalmente me dormí por completo, pero en los momentos en que estaba medio despierto, aquel relato me parecía cada vez más disparatado. Cuando el camarero me dio un golpecito en el brazo, era yo el único que seguía sentado a la mesa del capitán, en el comedor. Habían desaparecido las huellas del espléndido ágape.

Cuando entré en mi camarote, hacía un calor abrasador. La supuesta reparación del primer maquinista había consistido, simplemente, en introducir agua hirviendo en los radiadores y cerrar herméticamente las llaves. Para empeorar más las cosas, empezó a soplar un fuerte viento del noroeste y el mar se encrespó de tal forma que el barco, que estaba vacío, comenzó a cabecear con violencia. Sillas y otros objetos sueltos empezaron a correr y a volar, los cajones de las cómodas se abrieron y cayeron, las puertas de los armarios daban golpes sin parar y hasta la mañana tuve que estar sujetándolos. Cuando por fin conseguí acostarme, empapado en sudor, tapado con la funda vacía del edredón, como un habitante cualquiera de algún país del sur, comencé el trajín en el comedor. El camarero preparaba el desayuno, silbando. Pero no tuve fuerzas para salir del camarote y sentarme a degustarlo.

El tintineo de la vajilla y el repiqueteo de los cubiertos convirtieron así en la canción de cuna de mi primera «noche» como huésped a bordo del buque insignia de mi benefactor, Magnus Jung-Olsen.